



¿Educar para la paz?

Silvia Rozas Barrero
Periodista

Hace días que me pregunto cuánto tiempo tardaremos en descubrir la verdad sobre esta “Libertad durarera”, una libertad buscada a través de la violencia, una libertad que ya el 11 de septiembre amaneció coartada derrumbando uno de los símbolos económicos de Estados Unidos y matando a miles de personas inocentes. Pero también una libertad encarcelada a través de los ataques sobre un pueblo destruido y sobre otros inocentes que no gritan porque nuestro mundo no les ha escuchado nunca y porque los talibán tampoco les han dejado gritar. Es asombroso que unos y otros, norteamericanos y los talibán, es decir, la economía y el terrorismo, se muestren ahora como los salvadores de los mismos, de los árabes. Y más increíble es que la comunidad internacional apoye una guerra, y una guerra entre los “poderosos” y “los destruidos”. Hoy me pregunto: ¿Dónde están los valores en favor de la paz, la solidaridad y la justicia? ¿Dónde queda esa educación en el respeto al otro y en favor del diálogo? La guerra no construye, al contrario, destruye, y en este caso, destruye sobre lo ya destruido.

La guerra empieza, pero ¿Cuándo acaba? ¿Cuál es el fin de esta violencia? ¿Matar a todos los talibán? ¿O dar salida a la venganza y al orgullo de un gobierno norteamericano herido por un país pequeño? La guerra sólo nos lleva a más guerra. Pero como expresaba hace unos días una religiosa inmersa en esta realidad, ¿acaso vale más una mujer de Wall Street que una mujer afgana? Y la comunidad internacional contesta a esta pregunta apoyando una guerra, con lo cual, por mucho que me duela y nos duela, Bush sólo hace un minuto de silencio por los muertos en las Torres Gemelas. La respuesta es clara, una mujer afgana, un africano, un niño de Ruanda, un boliviano, una nicaragüense valen menos que la población de Wall Street. Así de duro, pero así de real. Sobre todo, cuando las desgracias nos sorprenden cada día y los medios de comunicación se olvidan de mencionar —porque no importa económicamente— que cada tres segundos una persona se muere de hambre en el planeta. Y de estas víctimas, las tres cuartas partes son niños menores de cinco años. Unicef asegura que desde 1981, 55.000 niños han muerto de sida en Ruanda y que en 1999 había ocho millones de huérfanos de sida. Hoy puede haber más de diez millones. En África, aproximadamente ocho millones de personas perdieron sus vidas en guerras durante los últimos diez años. Pero ante esto nadie se mueve. Me sigo preguntando ¿qué hemos hecho? ¿qué hacemos? y ¿Qué vamos a hacer?

Sin embargo, nada bueno se puede esperar tampoco del saudí Osama Bin Laden, un hombre al que se le atribuyen los atentados contra las embajadas de EEUU en Tanzania y en Kenia en 1998, que causaron 224 muertos y más de 4.000 heridos. Este terrorista considera que la monarquía saudí convirtió al país en una colonia norteamericana y cree que EEUU es el gran enemigo del Islam. Pero paradójicamente, EEUU, el país que hoy le persigue, contribuyó a la resistencia afgana contra los soviéticos en 1979 con unos 546.000 millones de pesetas. Y hoy, EEUU y Rusia se abrazan para matar a una persona que ellos mismos han creado. Pero la manipulación es tal que Europa asume como suya una guerra contra los inocentes.

Hoy lo fácil es la guerra, lo difícil es sentarse, respetar, ayudar y combatir el terrorismo con la ley y los derechos en la mano. Lo difícil es educar para la tolerancia y ayudar a los países más pobres. Éste es el gran reto de todos, desde nuestro mundo y desde nuestra realidad, no olvidar que en los países del Sur millones de personas se mueren ante nuestro consumismo puro y duro. Pero esto no vende. ■